

## UNA PENETRACION EN ESPAÑA DE LA GEOGRAFIA RADICAL

LUISA M.<sup>a</sup> FRUTOS MEJÍAS

«Documents d'analisi metodologic en Geografia», revista que recientemente ha visto la luz<sup>1</sup>, publicada en el Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Bellaterra, tiene un nuevo tono que en unión del no menos nuevo de la revista también catalana «Geocrítica»<sup>2</sup>, ponen un contrapunto muy necesario, aunque me temo que para algunos discordante, en el concierto de las revistas de Geografía españolas, que acrecenta y diversifica su crónica parquedad, pese a los meritorios esfuerzos realizados por muchos Departamentos de Geografía en los últimos años.

Creo esto así porque las revistas existentes hasta ahora, de corte más o menos clásico, recogen las investigaciones concretas de los geógrafos españoles y si bien a través de estos trabajos se puede apreciar la metodología utilizada y las diversas tendencias existentes, solo esporádicamente publican un artículo donde se traten cuestiones epistemológicas, conceptuales o se analice la evolución del pensamiento geográfico en contenido y método.

«Documents d'analisi...» quiere ser una revista de vanguardia en cuanto a difusión de ideas y, como tal, los dos números hasta ahora aparecidos ofrecen un contrastado contenido, pues mientras el primero versa sobre las técnicas cuantitativas de análisis especial, estando íntegramente dedicado a este tema, el segundo, más ideológico, aborda el de la Geografía Radical, sobre la base de una recopilación de artículos de los geógrafos radicales anglosajones que escriben en «Antipode...»<sup>3</sup>, con una introducción al tema de María Dolores García y un prólogo que justifica la selección. Esta orientación monográfica de cada número me parece un acierto, pues es evidente que la difusión en España de nuevas ideas debe comenzar por la puesta al día respecto a las que ya llevan algún tiempo siendo

---

<sup>1</sup> *Documents d'analisi metodologic de Geografia*, n.º 1 - Publicaciones del Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, Dic. 1977 (Apareció en Sept. 1978, posteriormente al n.º 2).

<sup>2</sup> *Geo-crítica*, Cuadernos críticos de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona.

<sup>3</sup> *Antipode. A radical Journal of Geography*, Worcester. Mass.

nuevas en el extranjero y aquí simplemente son desconocidas, cuando no deliberadamente ignoradas.

Pero no trato, en estas notas, de presentar una revista que se da a conocer muy bien por sí misma, sino de glosar la presentación de la Geografía Radical que en ella se hace, analizando algunas ideas de los artículos que forman la muestra que, a mi juicio, resulta excesivamente monocorde, pues si bien es verdad que el término «Radical» fue acuñado en EE.UU. para toda clase de ciencias sociales, en primer lugar la economía, que reaccionaron contra el status tras el paroxismo de McCarthy, y responde en sus orígenes a una situación propia de este país, mucho más que del mundo «capitalista» en general, que es contra quien pretende oponerse, en la actualidad la Geografía Radical es algo más amplio, ha integrado muchas corrientes «contestatarias» europeas y, como movimiento renovador de conciencias, se le reconocen orígenes muy anteriores, Reclus, por ejemplo<sup>4</sup>, al momento en que tal denominación adquiere carta de naturaleza. Esta es la perspectiva desde la que, en este momento, me parece que se debe contemplar la Geografía Radical.

Para centrar el tema conviene, además, hacer una referencia a la cabeza de puento que esta Geografía estableció en Barcelona a través de «Geo-crítica», en cuyos números 4 y 5 apareció ya en julio y septiembre de 1976 un primer trabajo de Harvey «Teoría revolucionaria y contrarrevolución en Geografía...», donde explica su opción por el marxismo, seguido de dos de los varios artículos que suscitó la publicación del mismo, así como la contestación de Harvey a todos ellos, material en su totalidad procedente también de «Antipode».

El reencuentro de Barcelona con la Geografía radical se ha realizado precisamente a través de un ciclo de conferencias de Harvey, tal como se menciona en el prólogo de «Documents d'analisi...», cuyos textos se tuvo, en un principio, la intención de publicar, aunque luego se optó por la selección de los artículos que se incluyen, como muestra más amplia y representativa, bien que de los seis reproducidos, tres sean de Harvey. En consecuencia, las perspectivas de la Geografía Radical para el lector español que tome contacto con ella a través de esta exposición, van a ser muy parciales y, dada la significación ideológica predominante, poco aptas para poder apreciarla con ecuanimidad.

Si analizamos la opinión de los geógrafos españoles respecto de la Geografía Radical, vamos a encontrar bastante generalizadas dos posturas: a favor o en contra. Aunque no se puede dudar de la ponderación y equilibrio de nuestras mentes geográficas más pre-

---

<sup>4</sup> B. GIBLIN, «Elisée Reclus: Geographie, anarchisme». *Herodote*, n.º 2, avril-juin 1976. pp. 30-49. Incluido en la selección de artículos de esta revista hecha por N. Ortega en *Dédalo: Geografías, Ideologías, Estrategias Espaciales*; M. 1977.

claras, parece que en este caso no cabe la neutralidad, tal vez por la índole misma de la cuestión, pero, de cualquier forma, hay algo que queda claro y es que las ideas «radicales», tanto para aceptarlas como para rechazarlas —a lo que quizá se pueda llegar visceralmente—, pero sobre todo para poder juzgarlas ecuanímicamente, no son suficientemente conocidas, como se desprende de la escasa difusión de las revistas portavoces de estas tendencias, «Herodote» y «Antipode», difíciles de encontrar en las bibliotecas de muchos de nuestros Departamentos universitarios, lo mismo que la mayor parte de las obras en que se plasman estas doctrinas.

Podría añadirse, de modo marginal, que tal carencia también debe achacarse a la exigüidad de las dotaciones de muchos de los departamentos universitarios, donde se cultivan ciencias a las que la sociedad española no ha encontrado todavía utilidad, precisamente porque está aquejada de los males que se derivan de la no utilización de tales ciencias. Esta sería una razón contundente en pro de la necesidad de difundir en España la Geografía Radical, pues prescindible, cómo no va a afectar a una documentación que para muchos es simplemente complementaria, en el mejor de los casos, de la formación que deben recibir los futuros profesores, los cuales, si publicaciones como la que comentamos no lo remedian, acceda la impresión de que la Geografía, o se radicaliza, o nunca será tenida en cuenta.

Si esta penuria de medios hace que se carezca de lo más imrán al ejercicio profesional con un bagaje tan dogmático como el que hemos adquirido los que nos formamos bajo la sombra protectora de la «Geografía perenne».

Entiendo que la Geografía Radical no es demagógica ni subversiva, o al menos no tiene razón de serlo, en la medida en que sus presupuestos puedan ser aceptados por todos como una manera necesaria de hacer Geografía, que los problemas de nuestro tiempo impone, sin que ello implique que sea la única forma posible, al igual que en política se acepta la oposición, que no necesita ser subversiva cuando tiene carta de naturaleza en el sistema. Y, consecuentemente, parece claro que la Geografía Radical supone tomar partido, pero tomar partido, dentro de una ciencia no es nunca, bien al contrario, aceptar dogmas políticos y, esto debe subrayarse, mucho menos dogmas científicos.

Puede advertirse que muchas de las manifestaciones de la Geografía Radical tienen expresión demagógica, pero es porque se enfrentan a un dogmatismo científico, el peor, en este caso, de los dogmatismos, —la medicina, por remitirnos sólo a los últimos tiempos, sabe mucho de esto—, que ha tenido su origen, cómo no, en la patria del academicismo, de la mano de un gigante como Vidal de la Blache, verdadero Santo Tomás de la Geografía Perenne a la que antes aludo, y en la que nos encontramos inmersos. Y no pretendo decir que fue Vidal quien creó los dogmas, sino que la fuerza de su doc-

trina en manos de quienes no han sabido hacerla progresar, la ha dogmatizado hasta tal punto que, si los nuevos métodos cuantitativos han ofrecido nuevas perspectivas —¿también quizá dogmáticas?—, éstas se han de desenvolver en una lucha ideológica que en la ciencia está siempre fuera de lugar. Creo que unos y otros somos culpables, pero ¿cuánto tardaremos en rectificar?

\* \* \*

Y glosemos ahora el contenido de la revista. María Dolores García nos introduce en el tema con una exposición clara y objetiva de los condicionantes académico-políticos que enmarcan el nacimiento del radicalismo en la segunda mitad de la década de los sesenta. Según ella se debe a la conjunción de dos hechos: el primero, la decepción de los geógrafos teórico-cuantitativos que con tanto entusiasmo habían intentado aplicar su Geografía científica y tecnocrática a la resolución de los problemas de una sociedad en la que creían, al ver la «creciente esterilidad» de sus soluciones y poner en cuestión «algunos de los supuestos ideológicos de esta sociedad» y, en segundo lugar, la difusión de las teorías marxistas, con tan escasa tradición en el mundo anglosajón y particularmente en EE.UU.

No es de extrañar, por tanto, que fuesen algunos de los más destacados geógrafos cuantitativistas (Peet, Bunge, Harvey...) los que encabezasen el movimiento radical. Esta derivación de la Geografía cuantitativa anglosajona hacia el radicalismo es lógica, aunque M.<sup>a</sup> Dolores la califique de «curiosa», ya que son precisamente estos geógrafos los que pudieron experimentar la inoperancia de sus técnicas, aun utilizando los medios más avanzados, en la corrección de las contradicciones de su sociedad. La reacción de un técnico en estas circunstancias puede tipificarse así: la sociedad es una estructura que, como cualquier otra, responde a unos fines, la consecución de los cuales la justifica. Si esa estructura se revela insuficiente, inapropiada, para alcanzar los fines propuestos, carece de sentido, y en consecuencia, hay que modificarla. Toda sociedad que pierde su capacidad de proyección a una meta, y trata de mantener sus estructuras, ha de ampararse en la elevación de sus formas al rango de fines; se dogmatiza. Para un técnico los dogmas son siempre enmascaramiento de la inoperancia de los métodos, del anquilosamiento de las estructuras y un análisis científico lo descubre siempre, no permite ocultarlo, de donde la permanencia en el sistema es falaz, no tiene objeto.

He aquí el camino lineal hacia la radicalización que, ciertamente, no tiene nada de curioso, aunque sí lo es el que a la autora no le parezca lo mismo el hecho de que la radicalización conduzca a una marxistización, ya no tan lógica, pero por otra parte igualmente coherente con las circunstancias que señala, ya que la aparente si-

militud de este postulado con los presupuestos del materialismo histórico, en cuanto que la investigación científica de la Historia es el único método seguro de encontrar los fines de la sociedad, es sin duda una incitación muy fuerte, si se hace abstracción de la praxis del sistema, para adscribirse al mismo.

Por supuesto que Harvey, en el artículo reproducido en «Geo-crítica», había explicado prolijamente el proceso, basándose en las teorías de Kuhn sobre las revoluciones científicas, complementadas con algunas ideas de Johnson sobre contra-revolución, a propósito de la reacción monetarista antikeynesiana y, previa mediatización de los supuestos de Kuhn por el materialismo dialéctico de Bernal, para concluir en Marx a través de unas coincidencias anecdóticas entre Kuhn y Engels, todo ello referido a las ciencias sociales en general y a la economía en particular. La subsecuente conexión marxismo-geografía tiene aquí menos relieve que en los artículos de que luego hablaremos, pero sí conviene añadir, para concretar la postura de Harvey y posiblemente de gran parte de la Geografía Radical anglosajona, que se trata de un neomarxismo a tenor de lo siguiente: «La adaptación contra-revolucionaria de la teoría marxista en Rusia después de la muerte de Lenin y la adaptación contra-revolucionaria similar de la mayor parte del lenguaje marxista en la sociología occidental..., ha impedido eficazmente el verdadero florecimiento del pensamiento marxista y al mismo tiempo la aparición de la sociedad humanística que Marx imaginaba»<sup>5</sup>.

M.<sup>a</sup> Dolores García señala, sin embargo, cómo a partir de la aparición de la revista «Antipode», en 1969, a la que denomina «pilar básico de la continuidad de la Geografía Radical», la marxistización se ha producido progresivamente desde una posición inicial de izquierda liberal, y no ha sido óbice para aglutinar en ella «todo tipo de material radical de calidad, aunque no sea propiamente marxista», bien que, en definitiva todas las tendencias que enumera sean variantes del marxismo y, aun reconociendo que no están totalmente cristalizadas, dando por supuesto la adscripción de la Geografía radical a esta ideología, que al parecer incluye también al anarquismo, dado que no consideran otro que el basado en la crítica marxista, como en el caso de Peet, lo que, a la postre, tampoco queda tan lejos de la postura de Harvey, como acaba de verse. Únicamente al referirse a la Unión de Geógrafos Socialistas, la autora establece el dilema de si esta asociación abarcará, en el futuro, a toda la Geografía Radical o solamente a los marxistas, apuntando la existencia de radicales de otras posturas, si bien a la hora de mencionarlos, como en el caso de Morrill, los declara simples simpatizantes. Lo mismo ocurre respecto al Reino Unido, cuando menciona el althusserismo en Inglaterra y Escocia como única referen-

---

<sup>5</sup> *Geo-crítica*, n.º 4, pgs. 12-13.

cia, quizá porque, como señala Racine, su neomarxismo es, sobre todo, un intento de renovar el pensamiento, de forjar sobre esta base conceptos nuevos <sup>6</sup>.

Finalmente, tras haber repasado la aportación de las principales figuras radicales y mencionar la reacción de la Geografía «burguesa», define el contenido de la Geografía Radical anglosajona como claramente temático, genérico y sectorial, donde el análisis social precede al espacial, lo que, aunque M.<sup>a</sup> Dolores no lo señale, con harta frecuencia reduce el enfoque espacial a la abstracción de un mero punto de referencia de las conexiones sociológicas y donde, continúa la autora, no se ha aplicado todavía a una región o zona concreta «el análisis global como producto social» o, lo que es lo mismo, no se ha hecho todavía Geografía Regional o, al menos «su» Geografía Regional.

Aquí se hace referencia a una mayor actividad, a este respecto, de los geógrafos latinos radicales y, por cierto, esta es la única vez que se contrasta, y muy brevemente, la posición respectiva de los geógrafos de ambas razas, pese a que, al iniciarse el artículo se afirma que tal contraste se hará a lo largo del texto, por lo que el lector, en este punto, sufre la decepción consiguiente.

En síntesis, para M.<sup>a</sup> Dolores García el balance de esta primera etapa de la Geografía Radical anglosajona es positivo, tanto en la calidad de los trabajos como en el esfuerzo de conceptualización para encontrar unas categorías marxistas de análisis espacial —y aquí la simbiosis marxismo-radicalismo es explícita, con un ejemplo que habré de comentar—, a la vez que se hace una profunda crítica de las teorías positivistas y funcionalistas, tan extendidas en el mundo anglosajón, crítica que nace de un dominio a fondo de los métodos estructuralistas y mecanicistas y de un, a mi juicio, «excesivo» conocimiento de las teorías de Marx.

En cuanto al ejemplo al que aludo en el párrafo precedente, M.<sup>a</sup> Dolores señala, a propósito de los logros conceptuales el término creado por Harvey, «medio construido», que «como el mismo afirma, es un concepto amplio, pero muy útil, ya que intenta borrar antiguas categorías (urbano, rural...), dada la imposibilidad, por ejemplo, de dar una respuesta a la pregunta de dónde empieza y acaba la parte urbana y la rural de una vía de tren» <sup>7</sup>, a lo que parece necesario hacer alguna puntualización, dada la trascendencia que, como se verá al comentar el tercer artículo de este autor, este tipo de conceptualizaciones puede tener.

En el orden práctico, la pregunta sobre la vía del tren tiene múltiples contestaciones, tantas como los condicionantes «rural» y «urbano», definidos en orden a su funcionalidad, puedan incidir so-

<sup>6</sup> J. B. RACINE, «Discurso geográfico y discurso ideológico: Perspectivas epistemológicas». *Geo-crítica*, n.º 7, enero, 1977.

<sup>7</sup> *Documents...*, n.º 1, pg. 69.

bre la vía, en el caso que se estudie, pero, en términos más conceptuales e intrínsecos a la propia funcionalidad de la vía, es decir al tráfico ferroviario, puede responderse, simplemente, mediante la determinación del porcentaje de pasaje diario de ida y vuelta respecto al pasaje total, o cualquier otro ratio más complicado, si uno quiere lucirse cuantitativamente operando, lo que expresado en densidades relativas puede dar idea de estas categorías sin saber siquiera cómo está ocupado el espacio en torno a la vía, pero deduciéndolo de ella.

Por supuesto, a estas alturas de conceptualización todas estas «cosas» pueden resultar «irrelevantes», si bien no trato con esto de invalidar el concepto, sino el ejemplo, en tanto no se nos diga a qué efectos no tiene respuesta tal pregunta, en el sentido de que cualquier respuesta puede ser superflua cuando la vía se maneja como simple nexo de unión entre dos puntos, pongamos por caso, en un estudio de redes de transporte. Llevado esto al concepto ejemplificado, es evidente que el «medio construido» puede ser una síntesis científica aplicable en los casos en que las categorías rural y urbano resulten superfluas, pero no una síntesis hegeliana, dado que las categorías siguen existiendo «pei se» y no son superadas a todos los efectos por ella. Las síntesis marxistas son hegelianas, según tengo entendido, y en su momento habremos de ver el uso que Harvey hace de su concepto. Parece lógico pensar que el concepto «espacio construido» será superador de la dicotomía rural-urbano en cuanto a una posible macroteoría de ocupación del espacio, pero, evidentemente, la amenaza de que con él no se puede llegar a un análisis más preciso se cierne en forma de no poder pasar de las generalizaciones socio-económicas más indeterminadas espacialmente.

\* \* \*

Si se tratase de hacer una simple recensión de los seis artículos que forman la muestra, habría que decir que en conjunto reflejan la intención de establecer una Geografía operativa frente a los problemas del mundo actual. A través de los autores seleccionados pueden verse las modalidades que adopta este propósito, empezando por el apriorismo de Harvey, que piensa que la Geografía debe ofrecer nuevos paradigmas que sirvan de cauce a una actuación con metas bien definidas. Por su parte Peet propugna un empirismo que muestre en cada caso el camino a seguir y el caso de Bunge es el de un vitalismo a ultranza. Blaut parte de un historicismo cuya orientación queda bien definida, pero que, con este trabajo aislado, no resulta suficientemente explayada en cuanto a su desarrollo.

El denominador común de todos ellos es partir de la crítica marxista, posiblemente en virtud de que es la única estructurada en doctrina frente a las teorías político-económicas predominantes en el mundo occidental y que proceden de algo tan estructurado a

su vez como el positivismo. Es de notar que todos, excepto Blaut, por la índole de su estudio, se sitúan en, o frente a, una sociedad como la norteamericana, a la que pertenecen y en la cual se polarizan todas las contradicciones que pueden darse en el modelo de sociedad occidental en la que un utilitarismo al límite está revelando la «negatividad» de muchas realizaciones.

Sin embargo, dan por sentado en muchos casos la validez de las teorías marxistas, ya suficientemente contrastadas con acontecimientos posteriores, como para que, al menos, se impusiese una clarificación en cuanto a la vigencia actual que estos autores le conceden, en ausencia de lo cual, muchos de sus argumentos quedan ensombrecidos por una falta de actualidad que nos da la sensación de que hace mucho tiempo que los artículos fueron escritos. Por el contrario, en otras ocasiones las mismas teorías marxistas que nos son tan familiares, y que en Europa resultan tan habituales como cualquier slogan comercial, adquieren una frescura y un vigor sorprendentes, consecuencia de un reencuentro con problemas que, aparentemente superados, siguen subyacentes y se nos ofrecen ahora con nuevas perspectivas.

Es de señalar, sin embargo, que esto último sucede más con el método que con sus resultados, lo que nos hace pensar que tal vez esta «regeneración» del marxismo debiera remontarse algo más en sus orígenes para reestructurar algunas de sus categorías a tenor de las perspectivas del momento presente, en función, claro está, del contraste entre las originales y el devenir histórico que las ha cuestionado.

Harvey, en el primero de sus trabajos, «Población, recursos y la ideología de la Ciencia», pone el acento en un tema tan candente como éste, partiendo de la idea, firmemente defendida, de que la ciencia no es éticamente neutral, en tanto «la investigación científica tiene lugar en un marco social y expresa y transmite ideas y significados sociales», de tal modo que «toda pretensión de carecer de ideología es necesariamente una pretensión ideológica», punto de vista que comparto y para cuya ilustración podría aducir aquí una larga serie de citas textuales de geógrafos que se califican a sí mismos como objetivos, científicos y, desde luego, geográficamente neutrales, si bien ello no es de este momento.

Harvey trata de demostrar que hay que «tomar partido», esto es, hacer Geografía ideológica, marxista naturalmente, porque sólo el método de Marx, dialéctico y dinámico, permite llegar a un entendimiento coherente de la relación recursos-población, proponiendo un esquema amplio y flexible frente al sistema de razonamiento seguido hasta ahora, aristotélico y estático, que expresan las concepciones sobre la relación recursos-población de Malthus y Ricardo, cuyas teorías analiza, así como las de otros investigadores, incluso los marxistas que, dominados por la tradición del «materialismo aristotélico» que tiñe el mundo occidental y que respalda hoy fuer-

temente la filosofía del positivismo lógico y sus paradigmas generales, no han sabido aceptar el cambio importante de método que supone el «materialismo dialéctico».

Remitiéndome en este punto a lo que precedentemente señalo en cuanto a la radicalización de los técnicos y a la similitud de posturas, debo reconocer que estoy de acuerdo con el autor en que la posición «éticamente neutral» ha permitido a los políticos, basándose en sus conclusiones sobre los problemas de la relación recursos-población, llevar a cabo acciones recusables, e incluso llegar a la «represión interior» y al «neocolonialismo exterior», ante la pasividad de los científicos y, probablemente en este punto concreto, el método dialéctico sea mucho más útil, sobre todo en ausencia de cualquier otro, para desentrañar el futuro de esa relación población-recursos. Pero la postura de Harvey no deja de ser la de un teórico hasta el punto en que él mismo lo demuestra glosando el famoso «cuento chino» de la Conferencia del Medio Ambiente de Estocolmo, en 1972, en donde la delegación de la China Popular afirmó que los problemas de escasez de recursos y superpoblación no existían, lo que hizo pensar a más de uno que China se había convertido de la noche a la mañana en una especie de emirato de Kuwait a escala continental, cuando con ello no se referían a la realidad de su país, sino a la correspondiente utopía marxista aplicable al caso. Pues bien, Harvey es capaz de dar con su argumentación una cierta verosimilitud a tal utopía o, para ser más exactos, de justificar en un estructurado razonamiento la simple «boutade» con que los chinos expresaron su acto de fe marxista.

El segundo artículo de Harvey, «La Geografía de la acumulación capitalista: Una reconstrucción de la teoría marxista», es un intento de poner de relieve «la dimensión espacial de las teorías marxistas», con un verdadero alarde de erudición y minuciosidad en la consulta bibliográfica. Con citas e interpretaciones clásicas sobre la dimensión espacial que Marx da a conceptos como el de «acumulación capitalista», Harvey se esfuerza en convencer al incrédulo<sup>8</sup> de que Marx también concibió teorías sobre el uso del espacio, y las investigaciones geográficas pueden apoyarse en sus propias palabras, si bien deja patente que no está explícita ni implícita en Marx la noción de Imperialismo. Pero además, en las mismas citas aparece claramente que la dimensión espacial está polarizada en las disposiciones espacio-tiempo, sin otro significado que el puramente físico de la velocidad, en este caso aplicada a la rotación del capital y por lo tanto estrictamente económico, sin connotación geográfica alguna. El resto lo hace Harvey.

De todo esto se deriva el esfuerzo conceptual necesario para

---

<sup>8</sup> Y. LACOSTE, *La Geografía, un arma para la Guerra*, Ed. Anagrama, Madrid, 1977. p. 80 y ss. Donde puede verse un ejemplo de la opinión de otros radicales sobre el espacio en Marx.

hacer una Geografía radical-marxista, ya que las teorías y métodos en los que pueda apoyarse son claramente históricos, sociológicos y económicos, todo ello bajo el prisma filosófico que les es propio, y es evidente que, pese a la labor llevada a cabo hasta ahora, aún no se han conseguido superar las dificultades.

En este artículo, Harvey, después de hacer el minucioso análisis ya mencionado de los aspectos espacio-temporales de la teoría de la acumulación del capital y concluir que «las teorías de Marx sobre... la localización y concentración geográfica... —la teoría general de acumulación (del capital) a escala geográfica— ...de hecho componen la propia teoría del imperialismo de Marx, aunque él no la denominó así», sigue diciendo, «ya que la mayoría de los estudiosos ignoran esta teoría general implícita en Marx —que me acabo de inventar, omite decir—, parece que es pues la que nos ofrece el eslabón que falta entre la teoría de Marx de la acumulación y las diversas teorías sobre el imperialismo que se han ido elaborando después»<sup>9</sup> y a las que se ha referido antes.

Es indudable que tal culminación del formidable esfuerzo que acaba de realizar en su estudio y exégesis, es una encomiable muestra de humildad científica que nos asombra en lo que tiene de honradez intelectual tanto como de fe en el sistema. Es asimismo indudable que el compromiso ideológico puede deparar hermosas posturas pero, en una prosaica consideración científica, siempre subsiste la duda, por decirlo de algún modo, de si los hechos reales no se prestarán mejor al análisis y a la obtención de brillantes resultados que tales hechos, o la sombra de los mismos, vistos a través de las explayaciones y omisiones de Marx. En suma, Harvey nos muestra aquí que es capaz de hacer una Geografía «de una vez» si analizase los hechos geográficos directamente y que, lamentablemente, está limitando su vuelo al lastrarse con las teorías sociológicas espaciales del marxismo. Esperemos, para suerte de la Geografía, que andando el tiempo devenga, al menos, heterodoxo.

El tercer artículo de Harvey, «Trabajo, capital y lucha de clases en torno al medio construido en las sociedades capitalistas» parece hecho a propósito, ya desde el título, para resumir cuanto venimos celebrando por una parte y lamentando por la opuesta, en las muestras que aquí se nos ofrecen de esta segunda etapa de la Geografía harveyana. Los tres conceptos que se alinean sucesivamente en el título, que por separado ya tienen poco significado geográfico y que todos juntos podrían calificarse de anti, están referidos a un concepto geográfico, síntesis de otros varios que, aun con el previo voto de confianza que la capacidad del autor merece, ya desde la introducción de María Dolores García, donde se glosa brevemente, produce una cierta inquietud, no tanto por el ejemplo que utiliza y

---

<sup>9</sup> *Documents...*, n.º 1, pp. 132-133.

cuya simplificación ya he comentado, cuanto por la posibilidad de que las trampas dialécticas hayan podido aquí hacer su presa, dada la clara significación sociológica y la adscripción ideológica del título y del artículo en su conjunto.

Haré la advertencia, en el tono menos doctoral que pueda, de que como cualquier estudioso de la filosofía sabe, y gran parte de los geógrafos europeos hemos pasado mal que bien por ello, la dialéctica hegeliana es una trampa mortal, con su incitación a la síntesis, para caer en simplificaciones, a veces groseras, que esterilizan cualquier análisis y que sólo a los no especialistas pueden tentar, en cuyo caso nos encontramos todos los cultivadores de las ciencias sociales, estando expuestos a acabar sintetizando en proposiciones tan simples como la de este posible modelo sociológico: «el hombre sólo se diferencia del borrego en que usa la lana tejida», en cuyo caso, si se quiere seguir haciendo ciencia, habría que partir de la industria textil como «cogito» cortesiano.

Pues bien, dejando de lado la anécdota, el concepto «medio construido», tal y como se utiliza en este artículo, no conduce a nada de esto. Pese a que Harvey hace aquí una exégesis en el más puro estilo marxista de la explotación de los trabajadores por el capital sirviéndose de dicho medio, cuando se refiere al medio rural, construido o no, utiliza el término habitual, evitando cuidadosamente especular con el suyo en torno a situaciones tan favorables para ello como los malévolos intentos capitalistas de ruralizar o ajardinar la ciudad, que critica por lo que en ello ve de manipulación interesada, sin recurrir al típico argumento marxista que, en este caso, se podría remedar a este tenor: «el ajardinamiento de la ciudad es un fallido intento capitalista de ocultar la división de la clase trabajadora a través de la vivienda como bien de uso, que a la luz de la dialéctica marxista queda desenmascarado en virtud de que urbano y rural, como categorías de explotación del proletariado, han sido superadas por la síntesis materialista del medio construido». Bien que yo no sea precisamente una exégeta del materialismo dialéctico, como el lector habrá podido advertir en cuanto llevo escrito, espero haberme hecho entender pese a los pobres resultados de este intento.

Y refiriéndonos globalmente al artículo, podríamos decir que en este caso la elección del tema ha condicionado de antemano tanto el tratamiento que del mismo pueda hacerse, como los resultados que se obtengan, ya que a este respecto las precisiones de la doctrina marxista son tales que es imposible escapar a ellas para hacer algo, digamos, nuevo. El conocimiento de los problemas de base permite a Harvey ilustrarlo de forma notable, dando vivacidad a una polémica tan manoseada por todos como es el problema de la especulación del suelo y el de la escasez de la vivienda, incluso en su faceta marxista, que pretende superar a su vez esas dos categorías bajo la nueva óptica de la división entre lugar de trabajo y

lugar de reproducción que, para mayor abundamiento, también toca el trabajo de Bunge incluido en esta selección, pero con todo ello nos quedamos con la frustración, pese al temor antes mencionado, de que Harvey no utilice su síntesis «medio construido» de una forma operativa, pues es evidente que, fuese cualquiera el resultado, hubiera merecido la pena, geográficamente hablando, no por puro afán de juego intelectual, sino porque un nuevo punto de vista, se acepte o no se acepte, siempre plantea nuevas perspectivas.

No cabe duda, de todas formas, de que el planteamiento de Harvey en estos tres trabajos es sugestivo, pero raya en lo dogmático, mucho más en el fondo que en la forma y peca de demasiado teórico y doctrinal. Se refleja bien, desde luego, su conocimiento profundo de la inoperancia de una Geografía «neutral», por omisión o por permisón, pese a la calidad científica que en él mismo había adquirido, para resolver los problemas que le preocupan, y ello le obliga a una toma de postura en la línea citada.

Ahora bien, podríamos preguntarnos en qué medida en los propios países hoy comunistas se ha llegado al óptimo en organización del espacio. Concretamente, refiriéndonos a los problemas que plantea en relación con el «medio construido» en los países capitalistas, ¿hasta qué punto el poder central socialista no establece su dominio y su presión a través de la vivienda, como en el lugar de trabajo?. Por supuesto, no se plantea como la «lucha de clases», pues para eso existe la oportuna síntesis marxista definiendo el poder como de la misma «clase» que quienes lo padecen, pero ¿es ésta también la mejor teoría de la ocupación del espacio?. Evidentemente, sí, cuando se tiene como meta, que es lo discutible, un índice de crecimiento global, un índice de éxito político en suma, común a ambos sistemas, que en el mundo capitalista tiene su expresión en las ganancias del capital y en el mundo socialista su equivalente en el ahorro de inversión pública, para conseguir los mismos objetivos: satisfacer en el mínimo imprescindible las necesidades de la población, obteniendo la máxima plusvalía del proceso, independientemente de como se llame la oligarquía que la disfrute.

Y ya sé que aquí se me podrá objetar que Harvey reniega, como he citado antes, de las realizaciones del marxismo-stalinista, pero es que, en un estudio científico de la historia, como Marx preconiza, lo que nos encontramos como producto de sus teorías es eso y solamente eso. Está claro que la estupefaciente idea de que cuando se opera según las teorías marxistas, si la cosa sale bien, se ha hecho marxismo y si sale mal no, recuerda demasiado al consolador «si sale con barba, San Antón, y si no la Purísima Concepción», con lo cual no hay manera de equivocarse.

El marxismo es lo que los países comunistas están haciendo en cada momento y no otra cosa, en tanto no se haga, porque el marxismo, en sí, no es su teoría, que eso sería idealismo al fin, sino su praxis. Para el materialismo la verdad está en la realidad, afirma-

ción de dudoso valor filosófico, pero muy explícita en términos prácticos. Entonces es evidente que se pueden criticar aspectos parciales de la aplicación de la teoría, pero no el conjunto de la actuación de un país que se ha desarrollado bajo los auspicios del materialismo dialéctico, aplicándolo conforme las circunstancias lo han permitido, lo cual también está previsto en la doctrina. Otra cosa puede decirse de los exégetas occidentales, de los que también Harvey reniega, ya que sólo han hablado y eso, en términos dialéctico-materialistas, no prueba nada. No obstante, parece que algunas de las «revisiones» del eurocomunismo tienen más en cuenta la evolución histórica, tanto en lo que se refiere al presente como en la posibilidad de mantener su vigencia en el futuro.

El artículo de Peet, «Desigualdad y pobreza: una teoría geográfico-marxista», comienza con un resumen, exponiendo la intención de sintetizar el principio marxista de la generación de la pobreza por el capitalismo avanzado con la idea geográfico-social de que la desigualdad se perpetúa a través del medio en que cada individuo nace. Después de denunciar que las teorías hasta ahora existentes sobre la desigualdad sólo han servido de base a las políticas anti-pobreza proyectadas para combatirla dentro de las actuales estructuras sociales, pero sin intentar cambiar éstas, añade: «Es necesaria también dentro de los estrechos límites de la disciplina geográfica, una teoría marxista que fundamente unos enfoques conceptuales alternativos a aquellos que siguen vigentes en el campo de la Geografía»<sup>10</sup>.

Pues bien, Peet no hace marxismo. Simplemente utiliza la crítica marxista para tipificar una situación que luego él concreta y normenoriza en cuanto tiene de «localizable», dando la sensación de vivir los problemas sobre el terreno de una forma más inmediata que en lo visto hasta ahora. Como consecuencia de ello expone puntos de la evolución histórica del tema y de la situación actual para los que sólo en ocasiones existe la oportuna cita de Marx, bien que pierde la ocasión, que tal vez Harvey no hubiera desaprovechado, de extrapolar la teoría llevando el argumento hasta la misma base del problema.

Peet «queda» más geográfico, no sé si porque le sale de dentro o porque, a fuer de anarquista, no necesita tanto que la teoría explique los hechos como que los hechos se den y el análisis de los mismos pueda revelar su esencia y permitir un tratamiento adecuado, científico, podría decir, aunque no estoy segura de que tan frío calificativo corresponda a la intención del autor.

Sin embargo no resisto la tentación de continuar el análisis marxista desde donde Peet lo deja hasta donde de una manera empírica vuelve a encontrarse, aunque Peet entonces haga caso omiso

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 182.

de las soluciones marxistas, para hacer profesión de fe anarquista, preconizando la autogestión y el igualitarismo espontáneo.

Peet desarrolla su discurso en una primera serie de apartados agrupados bajo el epígrafe de «Una teoría marxista de la desigualdad», donde hace el repaso correspondiente de la doctrina marxista en torno al caso, con alguna breve puntualización de la situación actual al respecto en los EE.UU. seguidos de otra que, bajo el de «Una teoría marxista de la pobreza», nos introduce de golpe en una revisión muy actual de los tres tipos en que Marx divide el ejército de reserva industrial, dando las referencias concretas de los contingentes sociales que los integran en el presente estadounidense, para pasar acto seguido al estudio de los hechos concretos, según he mencionado, previa una explicitación de que las ideas de Marx representan la metateoría que enmarca el proceso general, con poca significación para el individuo concreto que lo sufre, y que la teoría del medio ambiente o geográfica particulariza, en relación con el individuo, los mecanismos que perpetúan la desigualdad, siendo éste un análisis a microescala que completa perfectamente el anterior, terminando por volver a la cita que ya ha hecho de Marx, donde menciona la variación orgánica del capital, para señalar ahora que el proceso de terciarización de la economía es efecto de ello y que, como consecuencia, se establece una división de la clase trabajadora que aumenta la marginación del último escalón de la reserva de trabajo, dando lugar a la localización de verdaderas áreas geográficas de subversión. Y aquí ya, bajo el epígrafe de «Planificación de una sociedad igualitaria», propone las soluciones oportunas.

Una exploración de la posible continuidad de la teoría marxista habría de partir del primero de los apartados de «Una teoría marxista de la pobreza», titulado «Los efectos de la mecanización»<sup>11</sup>, donde Peet nos trae a Marx de la mano de Ernest Mendel para decirnos que «los costes de producción representan cada vez más los costes de la depreciación de la maquinaria y cada vez menos los costes del trabajo asalariado», de forma que se produce «un cambio en la composición orgánica del capital» en el que «el capital constante (dinero utilizado para adquirir y depreciar maquinaria, edificios y materias primas) se incrementa en relación con el capital variable (dinero para adquirir fuerza de trabajo)» y «la demanda relativa de trabajo disminuye a medida que el desarrollo capitalista va aumentando».

La pequeña desviación que supone, respecto a las técnicas contables habituales, clasificar en el mismo apartado el capital inmovilizado y los inputs, pone de relieve el costo de estos factores frente al de la mano de obra, dando casi automáticamente la clave del proceso de «estancamiento» que caracteriza las crisis actuales de la

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 186.

economía. Efectivamente, cuando el coste de la producción está formado por una alta proporción del primer tipo de capital, respecto del segundo, es evidente que una disminución de la producción, sobre la que recaerá un coste invariable del inmovilizado, incrementará la incidencia de éste sobre el coste del producto, que se verá a su vez incrementado por el que de por sí, en virtud del mismo proceso, incorporen los inputs, de donde, aun en el caso de eliminar la mano de obra excedente, la disminución de la producción representará el aumento correspondiente de su participación en los gastos fijos de toda la cadena productora. Si a esto se añaden los costos sociales que soporta una macroeconomía, respecto de la cual la mano de obra, por mor de los seguros de desempleo, no es eliminable, el proceso se multiplica por todos los factores de la producción.

Esta rigidización del proceso económico «del modo de producción capitalista» en que se cuestiona, una vez más, y en esta ocasión en forma más difícil de superar, la capacidad de autorregulación que ofrece el mecanismo de los precios, puede dar pie a una crítica marxista del sistema, según la cual y siempre dentro de la mecanización establece que la inversión, es decir la «acumulación de capital», pierde su incentivo fundamental al tender a una marginalidad límite, es decir, a una reducción constante en la tasa de plusvalía, en razón de que, en la medida en que el capital prescinde de las fuerzas de trabajo, al sustituir hombres por máquinas, la plusvalía que obtiene de los trabajadores tendrá que obtenerla de éstas, o lo que es igual, expoliarse así mismo. La incorporación de nuevos trabajadores, único origen de la plusvalía, implica pues acumulaciones crecientes de capital con rendimientos decrecientes. Para compensar esta falta de rendimiento del capital, la explotación se traslada del lugar de trabajo al lugar de reproducción, en forma de un encajecimiento de los bienes de uso, que proporcione la plusvalía que no se puede obtener de las máquinas, como muestra la nueva modalidad de la crisis, lo que ocasiona la restricción correspondiente del empleo que produce excedentes de fuerza de trabajo al que Peet se refiere. Naturalmente, el problema de las clases marginadas se agudiza en la medida en que, si lo han sido en principio por su condición de excedente último de las fuerzas de trabajo, a esto se suma su condición de insolventes económicos, cuya integración sólo puede producirse a través de unos costos sociales que el capitalismo no está dispuesto a sufragar.

Llegando a este punto, la única valoración que puede hacerse de estos marginados es puramente negativa pero, en último extremo, su conceptualización como peligro latente de subversión colectiva o siquiera como alimento de la delincuencia individual u organizada, implican que la sociedad haya de planificar de alguna forma la eliminación de este peligro. Lógicamente, es decir, en aplicación de una lógica aristotélica estricta, la solución no retrotrae al malthu-

sianismo y, ante la imposibilidad de recurrir al «program» inmediato para eliminar un excedente de población inútil e irrecuperable, ha de recurrir al proceso diferido del control a ultranza de la natalidad, en Puerto Rico. (Pido perdón al lector por este pequeño lapsus. No quería ser tan explícita pero, presumiblemente por deformación profesional, he caído sin querer en este exceso de localización geográfica.)

Pues bien, aunque a este análisis no le sea dado presumir de fidelidad a la doctrina, ya que como mucho sólo puede inscribirse en la línea de las extrapolaciones leninistas o tal vez de otros epígonos menos fieles, pero que en definitiva proporcionan alternativas al frustrado determinismo de Marx respecto al siempre diferido colapso del capitalismo, podría ser válido, sin embargo, para denunciar a nivel de metateoría, como Peet apunta, el proceso de degradación social al que el capitalismo conduce en cualquiera de las etapas de su evolución.

No obstante, y esto me parece un mérito del autor, Peet rehusa utilizar un argumento de esta amplitud e imprecisión para centrar su análisis del problema en sus particularidades concretas, consumismo, división de la clase trabajadora por la sectorización, distanciamiento de los extremos de la gama en que la clase trabajadora queda fragmentada... etc., todo ello reflejado en una localización precisa respecto al entorno de bienes de uso y servicios, que puede entroncar perfectamente con el estudio de Harvey sobre el medio construido, matizando con su aproximación a los hechos la significación del problema, para abordarlo con soluciones particulares y concretas, que permitan dar una respuesta más inmediata y, sobre todo más eficaz, que la que supondría inscribirlo como uno más en el contexto general de un cambio completo de las estructuras sociales. Dicho más concretamente, el problema, así abordado, puede tener una solución geográfica que, además de resolverlo, pueda dar la pauta para otras actuaciones, sin necesidad de apoyarse en el paradigma general propugnado por Harvey o, en todo caso, contribuyendo a construirlo por la vía inductiva.

Por esto Peet rechaza la solución de los sistemas centralizados, respecto de los que se hace eco de las críticas más significativas, como burocratización y carencia de autocontrol, para indicar las posibilidades que pueden ofrecer las fórmulas arbitradas por un entendimiento entre las ideologías anarquistas e igualitarias en materia de autogestión. Y aunque Peet no ha llegado a plasmar en proposiciones concretas este *modus operandi*, que considera «tarea abrumadora», la asume, sin embargo, para terminar su trabajo diciendo que «la Geografía de la igualdad futura exige nuestra dedicación».

Ahora bien, no parece que las teorías igualitarias hayan resuelto el problema del poder, para el cual, de ser imprescindible, no se concibe otro fundamento éticamente legítimo que las buenas inten-

ciones, bien que se sepa, por referencias de algún hipotético explorador de esos parajes, que el infierno está empedrado de ellas. Por otra parte, el anarquismo, que resulta más coherente como ideología revolucionaria, aunque no se pueda decir lo mismo de su viabilidad como modelo social, tiene la ventaja, desde un punto de vista táctico, de constituir una oposición al poder, utópica si se quiere, pero evidentemente más eficaz a la hora de enfrentarse a sus abusos, que cualquier otra que pretenda sustituir un poder maléfico por otro benéfico. Ya se sabe que «el poder corrompe... etc.»

Es posible que del conciliábulo que Peet propone, pudiera surgir un entendimiento respecto al modelo de una sociedad armónica, pero lo que parece poco probable es que se acertase con el modo de actuación preciso para implantarla. Sin embargo, concebido tal modelo como una entelequia, puede servir de guía para ello, sin necesidad de diseñar estrategias globales, que pueden ser sustituidas por tácticas coyunturales no preconcebidas.

Y digo esto tanto porque es notorio que las sociedades occidentales han respondido a los retos con soluciones más inmediatas e incluso más eficaces que las que se les oponían, las contrarrevoluciones de Johnson, cuanto porque si de lo que estamos tratando es de Geografía, aunque a veces no lo parezca, bueno será que nos ocupemos de su papel en este proceso.

Si la Geografía, como cualquier otra ciencia con implicaciones sociales, ha de hacerse cargo de tales implicaciones para proponer modos de actuación socialmente justos y coherentes con un desarrollo armónico de las posibilidades humanas, como pretende el movimiento Radical, es evidente que se va a encontrar en el centro de una pugna de intereses contrapuestos de grupo o de clase, a los que habrá de hacer frente y conciliar en la medida en que son exponente de la dinámica social que no puede frenarse sin condenar a la sociedad al ostracismo y, entonces, este enfrentamiento no puede hacerlo desde posiciones de poder, supuesto que fuese posible alcanzarlo, lo que no conduciría en suma más que a una tecnocracia. Pues bien, ese enfrentamiento y esa conciliación tienen como denominador común el término arbitraje, y para que cualquier ciencia, es decir, conocimiento objetivo de los hechos, pueda ejercer ese papel, la sociedad debe reconocer su necesidad para decidirse a utilizarlo.

No sé si en cuanto se viene diciendo se ha expuesto convincentemente la opinión, por otra parte compartida sin necesidad de mis argumentos por casi toda la gente, excluidos los utópicos, de que es poco probable que se logre conseguir, o que de hacerlo no se sumergiera en la más profunda acedia, como en los cenobios medievales, una estructura social unitaria que responda como un todo en forma teleológica y sin tensiones internas a este propósito de armonía o a otro cualquiera igualmente estático. No se ha conseguido, desde luego, en los países donde se ha tenido ocasión de contrastar

la efectividad de las teorías marxistas, que acusan, en forma de tales tensiones, el grado de desarrollo económico alcanzado y la necesidad de distraer sus energías en otras direcciones que las polarizadas por ese desarrollo, con la consiguiente desviación no sólo de la doctrina sino de la praxis.

Parece más viable un modelo de sociedad en que cada grupo tenga conciencia de su función social y la asuma en relación con la de los demás grupos, estén estos grupos delimitados por la división del trabajo, las aficiones culturales o deportivas o las ideas religiosas o políticas. En las sociedades occidentales, en las que este modelo tiene un reflejo más o menos aproximado, la multiplicidad de opiniones, tanto objetivas como subjetivas, que pueden darse en el seno de las mismas, se polarizan en las opciones ofrecidas por los partidos políticos los que, en definitiva, representan inicialmente, aunque cada vez menos, una opción de clase. Pero, ¿están los partidos políticos capacitados para asumir en forma de doctrina política el complejo conjunto de conocimientos que rigen la vida de la sociedad tecnológica moderna? Evidentemente no, porque ¿quién sabe todo lo que se sabe?. Posiblemente solo la Enciclopedia Británica, pero es inoperante.

Por otra parte, siendo los partidos políticos opciones al poder, es evidente que su posibilidad de ser ecuanímes es nula. Si la verdad política existiese, no podría haber más que un solo partido y la oposición sería el diablo. Digamos, de paso, que ésta es la justificación de las dictaduras. Pero con la ciencia no ocurre lo mismo y aunque sus verdades sean revisables a la luz de nuevos conocimientos, sus opciones no tienen otra medida en la aplicación de sus principios que el aforismo «lo mejor es el peor enemigo de lo bueno» que aquí, paradójicamente, no tiene otro significado que señalar que las limitaciones son cuantitativas, no cualitativas. Los sistemas de prioridades basados en el conocimiento científico pueden ser absolutamente coherentes con el interés social sin otra limitación que los recursos de que se disponga. También podemos decir, de paso, que ésta es la justificación que el marxismo da a su verdad política.

Independientemente de la utilización que de la ciencia hacen en su propio provecho las élites, que son en definitiva las dueñas materiales de su desarrollo, la incorporación de la ciencia a la política tiene otra vertiente. Los gobiernos recurren cada vez con mayor frecuencia a comités de expertos para que estudien los problemas cuya complejidad excede de la capacidad de los cuadros técnicos de la administración pública, pero estos comités de expertos no tienen poder decisorio y, aun en los casos en que sus informes trasciendan las esferas políticas, la posibilidad de que constituyan una incitación a la acción es bien remota, dado que sólo en el caso de que concuerden con las motivaciones de los grupos realmente actuantes en la sociedad, pueden servir de guía operativa. Esto, la-

mentablemente, ocurre con más frecuencia cuando se trata de acciones restrictorias que generalizadoras del bien común, dado que, en general, los grupos autocráticos son mucho más abundantes que los filantrópicos.

Si en vez de estos comités fuese el conjunto de participantes en una actividad los que de modo permanente se ocupasen de los problemas que solo ocasionalmente se investigan, el resultado sería muy otro. ¿Cómo? Con la concienciación sobre la función rectora que en cada actividad corresponde al grupo que la ejerce en las implicaciones sociales de la misma en orden al bien común. Es decir, manteniendo su independencia frente al poder y actuando autónomamente.

Está claro que una sociedad organizada en función de lo que cada miembro genérico de la misma le aporta, cada uno de esos grupos tiene que responder de la gestión en la tarea que le está encomendada, respecto de los demás. En el caso que Peet trata, los servicios sociales que como educación, sanidad, seguridad y otros, proporciona la comunidad, no deben depender de que cada barrio o cada unidad del medio construido los administre según sus medios, sino que deben responder de forma global a las funciones que la sociedad tiene encomendadas al grupo que detenta esta actividad, y al decir global me refiero a que esta atención social está implicada y compromete también la totalidad de la actuación del grupo, en lo que respecta a los juicios de valor que puedan emitirse sobre el mismo.

Esto significa, de una manera general, que la ciencia en un país habrá de valorarse no sólo por los logros que obtenga en sus investigaciones, es decir, en el terreno intelectual, sino también por la aplicación que de la misma haga, o permita hacer, en el terreno social. Que no pueda decirse, por ejemplo de la Medicina, que su altura es grande porque tiene muchos premios Nobel, mientras existan zonas marginadas donde la atención sanitaria no existe. El compromiso de los profesionales de una determinada actividad consigo mismos, su deontología, debe incluir el compromiso social total y está claro que esto debe hacerse desde dentro de cada grupo y frente a cualquier poder exterior que pretenda mediatizarlo. Una tal conciencia profesional no precisa además conocer teoría política alguna en la cual encuadrarse, pues es obvio que, empíricamente y en cada momento, se sabe lo que hay que hacer. Puede que la Geografía en este caso, apoyándose en las ciencias sociales, sea la que tenga que decir la primera palabra, dado que la concreción espacial de los problemas, aparte de otras funciones de ordenación territorial, es un primer paso para el estudio en vivo de las situaciones que hay que corregir.

La radicalización debe empezar por ahí, porque parece evidente, insistimos en ello, que una denuncia de los hechos concretos, que un estudio objetivo de los mismos, con la oportuna comparación

con las situaciones que los revelan deficientes o viciosos, pues es notorio que todo es relativo a un óptimo real, y con un apunte al menos de las soluciones posibles, es condición imprescindible para abordar los problemas que, de otro modo, englobados en una crítica total, tienen el inconveniente de quedar incluidos en una defensa asimismo total y quedar justificados ya que, de momento, el sistema capitalista con todas sus deficiencias es el que en conjunto proporciona a la mayoría de la gente, o las mayores satisfacciones, o la idea de que es en él donde puede obtenerlas. Puede que sea una impresión falsa, pero muy generalmente compartida y, para revelar su falsedad, nada mejor que poner de relieve los datos concretos que la denuncian.

Pero no es solo la Geografía o las ciencias sociales las que tienen este compromiso. Son todas las actividades humanas, porque todas están regidas en último extremo por un conocimiento científico que les sirve de base y desde el que se puede ordenar la actuación consciente en este sentido. De que las responsabilidades de la ciencia tienen un alcance muchas veces insospechado, puede ser el mejor ejemplo un reciente caso de conciencia en la Física. El de Robert Oppenheimer. Su postura respecto al riesgo de una utilización arbitraria del poder representado por los secretos atómicos detentados en exclusividad por un solo país, fue tan revolucionaria como el mundo no había conocido desde Galileo, y tanto o más arriesgada frente a la amenaza de una calcinación purificadora de su herejía anticrática.

Cabe señalar por último que estas posiciones se inscriben en el movimiento que se ha generalizado en EE.UU. con el nombre de Nueva Izquierda, el cual ha encontrado su base doctrinal en la crítica marxista o en posiciones afines, de donde muchas de las soluciones que ofrece, basadas en tal crítica, no responden adecuadamente a los problemas actuales o, por el contrario, han planteado problemas similares o equivalentes allí donde se han aplicado, todo lo cual ha dado pie a A. Lindbeck para que, en su estudio «La Economía Política de la Nueva Izquierda»<sup>12</sup>, termine diciendo, con toda justeza tras el detenido estudio que hace de estas posiciones, que «las cuestiones planteadas por la Nueva Izquierda parecen con frecuencia más interesantes que sus respuestas». Efectivamente, parece que la Economía de la Nueva Izquierda no puede ser otra que la Economía que hacen los economistas, solo que, al plantearse las preguntas sobre el resultado social de la aplicación de su ciencia, trata de dar respuestas políticas y he ahí su fallo. La respuesta es una sola: que la aplicación social de la ciencia se haga de acuerdo con los principios científicos, optimizando su utilidad, sin media-

---

<sup>12</sup> ASSAR LINDBECK, *La economía política de la Nueva Izquierda*, Alianza Editorial, Madrid, 1973. p. 142. P. A. Samuelson, p. 23.

tizaciones políticas, es decir, impidiendo su utilización abusiva por los detentores del poder. ¿Cómo conseguirlo? P. A. Samuelson en el prólogo a este mismo estudio da la pauta cuando, tras algunos ejemplos de cambios en la mentalidad social promovidos por posturas de esta índole, dice: «Aquí está el fundamento del poder de las ideas.»

Los dos autores reseñados, Harvey y Peet, representan, creo yo, las posiciones básicas del radicalismo en la Geografía norteamericana. Por parte de Harvey, el repliegue sobre la teoría para crear una doctrina acorde con los datos reales del momento presente y la de Peet, partir de esos datos para una actuación que se justifica por ellos y que, en todo caso, sirva de pauta a la generalización consiguiente. En definitiva, el dilema clásico entre el pensamiento y la acción.

Las posiciones de los autores que vamos a comentar a continuación, Blaut y Bunge, suponen a su vez, respectivamente, una extrapolación de las posturas de los dos anteriores, no tan claro en el caso de Blaut como en el de Bunge, como ya se verá.

En su trabajo «¿Dónde nació el capitalismo?», Blaut estudia las relaciones comerciales en el mundo conocido anterior al descubrimiento de América y en un documentado análisis llega a la conclusión de que el protocapitalismo era una característica común a todos los enclaves comerciales existentes en cualquier punto de la tierra, en los cuales se generó por una evolución y degradación muy semejante del modo de producción feudal, en términos marxistas, de forma que el capitalismo podía haber surgido en cualquier punto, o más exactamente, «debía» haber surgido, de acuerdo con el determinismo histórico que el mismo Marx no llegó a aplicar en este caso en razón del desconocimiento de un hechos insuficientemente estudiados en su época. Considera que no puede admitirse la idea de que el capitalismo y el socialismo son consecuencias de una evolución característica europea, ya que la polarización en Europa de esta evolución fue debida a las posibilidades económicas que le proporcionó el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Es posible que esto sea así, pero en todo caso no habría que olvidar que a su vez tal descubrimiento fue consecuencia de unas ideas geográficas que, sobre todo para un geógrafo, suponen una deliberada ignorancia del espíritu científico occidental. Blaut termina su estudio diciendo que el equilibrio del sistema protocapitalista se rompió a favor de Europa a partir de 1492 y «sólo por esta razón el capitalismo se convirtió en capitalismo europeo, es decir, en 'colonialismo'»<sup>13</sup>.

El interés que un estudio como éste pueda tener en relación con los problemas actuales del Tercer Mundo me pasa totalmente desapercibido, pues no me he ocupado del tema del subdesarrollo

---

<sup>13</sup> *Documents...*, n.º 1, p. 23.

bajo el prisma de las teorías marxistas sobre el imperialismo, aunque es de suponer que el trabajo de Blaut forma parte de un plan general de estructuración de una teoría global sobre esta cuestión, máxime cuando, como hemos visto, Harvey también se ocupa de él, precisamente en su artículo más doctrinario.

Ahora bien, aun reconociendo que estoy especulando en el vacío, pienso que si en esa teoría se puede demostrar, como podría deducirse de la frase citada, que las circunstancias «objetivas» son las que han condicionado el «modo de explotación» occidental del resto del mundo, me temo que no haya bases suficientes para considerar que expresiones tales como la «evangelización de los indios», el «rule Britannia» o la «fraternidad universal» no sean productos típicamente occidentales. En cualquier caso una tal teoría podría tener un título por el estilo.

Creo que sería más fácil, para quien tenga la capacidad de estos autores, y desde luego mucho más eficaz, elaborar una teoría actual del subdesarrollo tendente a demostrar el interés y la utilidad que para los países desarrollados puede tener la elevación del nivel de vida del Tercer Mundo, dejando de lado si se quiere las consideraciones éticas, en razón solamente de que las competitividades que pueden presentar estos países tanto en el orden político como, en su momento, en el orden económico, son motivo suficiente para incorporarlos al Primer Mundo antes de que lo sean al Segundo. Comprendo que no es prudente incitar a nadie a que haga Geopolítica, pero si se hace con buenas intenciones...

El artículo de Bunge «El lugar de reproducción: Un segundo frente», es sorprendente, pero no lo es menos su actitud vital. Una sola cita del texto la hace patente: «Los humanos están tan cerca los unos de los otros y tan llenos de odio que son como enemigos que conviven en un trastero cada día más pequeño»<sup>14</sup>. Su adscripción al marxismo, más emotiva que crítica, no parece revelar otra cosa que un último rescoldo de fe en la humanidad, concibiendo una de las teorías existentes en el mundo actual como todavía posible para un mundo mejor.

Bunge parece que ha dejado de hacer Geografía para pasar al apostolado social, si bien se apoya en esta ciencia, en todas las ciencias sociales y, por último, en la Biología, con todo tipo de implicaciones con las teorías marxistas, para hacer un discurso, a veces poco coherente, pero totalmente apasionado. La dicotomía lugar de trabajo-lugar de reproducción, que ya hemos visto tratada en Harvey, le da pie para abogar por la lucha total a partir de los barrios donde los trabajadores conviven con sus familias y constituyen por tanto el conjunto de la clase obrera, que en las fábricas queda reducida al sector de la misma económicamente activo, sien-

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 55.

do así que la explotación, la discriminación y la miseria, en suma, se asientan en el lugar de reproducción.

Con referencias, encadenadas unas con otras rapidísimamente, a multitud de cuestiones de todo tipo del saber o el hacer humanos, y que revelan ante todo su extraordinaria capacidad intelectual, Bunge nos arrastra literalmente a través de un mundo desquiciado para el que ya no concibe otra salvación que la renovación que puedan traer las generaciones futuras. Tal vez ni siquiera eso, cuando lanza, en defensa de la infancia, simplemente como continuadora de la especie, su exhorto que pudiéramos calificar de manifiesto de este año internacional del niño: «La revolución debe realizarse de tal forma que la especie sobreviva, lo que implica proteger a los niños de la especie independientemente de la clase a la que pertenecen. No a la guerra contra los niños. Salvemos el medio donde se reproduce la especie. No se debe permitir que el caos de la explotación se convierta en el caos de los niños. ¡Clase obrera, salva a la infancia!»<sup>15</sup>.

Después de leer este artículo, hay que hacer un cierto esfuerzo para recuperar la ecuanimidad y, en la medida en que se consigue, se siente la culpabilidad de carecer del valor suficiente para sumarse a la postura de Bunge. Y no es exactamente porque hayan de compartirse sus puntos de vista, digamos, tan heterogéneos, sino porque no queda más remedio que preguntarse si su posición no está justificada. Cuando una persona de su capacidad profesional y altura científica adopta el papel de Pedro el Hermitaño de una Cruzada, al parecer, sin causa, forzoso es plantearse, a poca inquietud intelectual que se tenga, cuáles son en realidad los motivos. Evidentemente, si los profesionales de una ciencia son capaces de marginar a uno de sus mejores, como se ha marginado a Bunge, no queda más remedio que plantearse aquello de «algo huele podrido en Dinamerca», que podría decir Steen Folque.

\* \* \*

Como es habitual entre los geógrafos, parece que este repaso a la Geografía Radical anglosajona, tal como nos la muestra «Documents d'analisi...» no quedaría completo sin resumirlo en unas conclusiones. En consecuencia, habré de decir que: Primero, creo que la Geografía Radical debe tenerse en cuenta como algo positivo. Segundo, creo que hay que tomar partido, pero por la propia ciencia, y comprometerse en cuanto al desarrollo de su función social. Tercero, reprocho a Harvey hacer más marxismo que Geografía, cuando realmente puede hacer lo segundo con mejores resultados que lo primero. Lo mismo podría decir de Blaut. Cuarto, estoy con Peet en el sentido de que el estudio de los problemas sobre el terreno

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 57.

es la verdadera misión del geógrafo. Quinto, pienso que una posición apolítica o incluso anárquica en cuanto científica, rechazando los abusos o las permisiones del poder, sea éste cual fuere, es la más coherente con la profesionalidad científica. Sexto, reprocho a la «clase» (o «comunidad») geográfica su indiferencia o su rechazo a las posturas «de conciencia», provocando la marginación de científicos de valía. Séptimo, abogo por «estar al tanto» de todos estos problemas por parte del geógrafo como uno más de los requerimientos de la cualificación profesional. Octavo, deseo que tengamos suerte, en este momento de cambio de la sociedad en que la Geografía tiene tanto que decir, y sepamos hacer que nuestras voces se oigan. Busquemos una «ética del espacio», ofrezcamos un «discurso vital para nuestro tiempo» porque «ha llegado el momento de hacer una nueva Geografía crítica, orientada por la voluntad explícita de cambiar el mundo y no sólo de comprenderlo»<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> J. B. RACINE, op. cit., pp. 37-38. Hay que advertir que el autor utiliza la palabra «ética» en su acepción etimológica derivada de «ethos», estancia y modo de vivir, a la vez, del mismo modo que B. Rordof.